

MÁS QUE UNA ASAMBLEA, UN CAMINO

**Hna. Liliana Franco
Echeverri, ODN***

Resumen:

Este artículo invita a asumir con humildad el proceso de reforma convocado por el papa Francisco, contemplando la realidad y escuchando al Espíritu, desde la adhesión a Jesús y para el Reino. No es tiempo de textos, sino de testigos, de Palabra encarnada, y en discernimiento de la dirección de Dios para esta Iglesia. El impulso de *Evangelii Gaudium*, *Laudato Si*, *Fratelli Tutti*, *Querida Amazonía*, del Sínodo sobre los jóvenes y del Sínodo de la Amazonía, nos lanza más allá, a la geografía desconocida, a la frontera donde habita el más pobre, el migrante, el más enfermo. Esta es la hora para la escucha y el discernimiento. Estamos llamados a optar nuevamente por el camino, haciendo tejidos nuevos, movilizadas por la Pascua.

Palabras clave: Asamblea Eclesial, Sinodalidad, kairós eclesial, conversión, lenguajes y estilos, Palabra encarnada, discernimiento, diversidad, mística, misión y profecía.

* Mujer, hermana y discípula. Trabajadora Social, Universidad de Antioquia. Magister en Teología Bíblica, Universidad Pontificia Bolivariana. Provincial Orden de la Compañía de María, Provincia del Pacífico. Presidenta de la CLAR.

De la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe, hacia el Sínodo sobre sinodalidad, estamos ante un proceso, un itinerario de encuentro y conversión, enmarcado en esa necesaria reforma a la que nos ha convocado el papa Francisco y que supone ubicarnos en el lugar de la humildad. Reconocer nuestro pecado, esas actitudes y modos relacionales que han estado alejados del querer de Dios, porque son verticales y abusivos, poco inclusivos y desprovistos de misericordia.

De la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe, hacia el Sínodo sobre sinodalidad, hay una urgencia, se trata de una nueva mirada contemplativa, más teológica y encarnada, más capaz de reconocer al Dios que acontece en el territorio de lo humano y que invita hoy a la Iglesia a la plenitud de la relación.

Una urgencia: afinar la mirada para contemplar la realidad y agudizar el oído para escuchar al Espíritu que no cesa de gemir en los clamores y complejidades de nuestra historia, en los rostros y heridas de nuestras/os hermanas/os más pobres. Una urgencia: salir, desacomodarnos, abandonar los status de confort y parálisis en los que tantos creyentes estamos atrincherados.

Y tendríamos que hacer un acto de fe en que el protagonista de este proceso es el Espíritu; sin Él, no hay auténtico seguimiento de Jesús, ni *kairós* eclesial. En tor-

no a Él, se configura el rostro de la Iglesia y el tejido relacional que hace posible la comunión. Todo este proceso, al que está abocada la Iglesia del Continente, adquiere sentido en adhesión a Jesús y para el Reino.

Durante estos días de Asamblea, pero sobretodo en el proceso de escucha, nos ha resonado la convicción de que la historia de la Iglesia se construye en el claro-oscuro de lo humano, en esa confrontación permanente entre fragilidad y gracia: La constatación más cierta es la de que este hoy de nuestra Iglesia supone conversión, ordenar el corazón, y que insertarnos en los distintos contextos y culturas desde nuestra identidad de mujeres y varones de fe, exige renovación, adecuación de estructuras, de formas, de lenguajes y estilos.

Como lo afirma Benjamín González Bueta, este "no es tiempo de textos, es tiempo de testigos". Tenemos que ser esa narrativa creíble de lo que nuestra sociedad espera leer en nosotras/os, entre nosotras/os cuando nos encontramos en condición de hermanas/os, porque la buena noticia, es que somos simplemente: radicalmente humanos, indeclinablemente llamados a ser hermanas/os. Todo lo demás, títulos, funciones, cargos, todo es relativo, pasa, caduca, se corroe. La única palabra creíble es la Palabra encarnada, y evangelizar hoy es encarnar en todas las culturas los valores del Reino.

De la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe hacia el Sínodo, estamos abocados al discernimiento, a la atención a la realidad, a la capacidad de escuchar el clamor de Dios en los gritos permanentes que resuenan en la historia. La experiencia de sabernos habitados por el Espíritu, debe lanzarnos más allá de nuestros propios análisis y reflexiones, al contexto en el cual nos dejemos permear por la realidad y reconocemos que en ella el Espíritu se manifiesta y actúa. Y en este Continente el grito es agudo, la herida latente y ahí, en lo más complejo de la realidad, está la dirección de Dios para esta Iglesia.

En este lapso de tiempo, estamos invitadas/os a reafirmar que es el Espíritu quien posibilita la experiencia de ser y sentirnos hermanas/os; es Él, quien configura el rostro multicultural de nuestra Iglesia, es Él, quien nos lanza a vivir la comunión. Él, quien nos anima a tejer en lo cotidiano el vínculo, la relación, la amistad, el afecto y nos impulsa a querernos, creernos y cuidarnos, a darnos un lugar, a no excluarnos. Él nos fortalece y anima al profetismo de lo comunitario, a la narrativa más creíble, esa que la sociedad espera ver nítida en los creyentes: la narrativa de la fraternidad y la sororidad, el testimonio del amor que favorece la comunión.

El Espíritu no tolera la uniformidad y por eso hace en todas/os y en todo, el milagro de la diversi-

dad. Culturas, lenguas, sensibilidades, colores, dones...Todo diverso y todo llamado a la unidad, todo plural y urgido de comunión. El Espíritu le exige hoy a la Iglesia un diálogo hondo y auténtico sobre equidad eclesial, esta equidad que es humana y bautismal.

Esta andadura común a la que estamos convocadas/os, la hacemos conscientes de que la historia de la Iglesia supone situarnos en dinámica de continuidad y avance. El impulso de *Evangelii Gaudium*, *Laudato Si*, *Fratelli Tutti*, *Querida Amazonía*, del Sínodo sobre los jóvenes y del Sínodo de la Amazonía, nos lanza más allá, a la geografía desconocida, a la frontera donde habita el más pobre, el migrante, el más enfermo, donde es posible abrazar la tierra y las culturas con reverencia y conscientes de la sacralidad de todo lo creado y nos lanza en condición de discípulas/os misioneras/os.

La marca de la propia identidad, hace a cada persona portadora de un don, un carisma y un estilo concreto, todos únicos y diferentes, y ahí confluyen las distintas funciones y ministerios de la única vocación eclesial: *sígueme*. Es en este *sígueme* donde todas/os, laicas/os, religiosas/os, ministros ordenados, nos hacemos uno.

Durante esta andadura eclesial, tendríamos que confirmar que en lo más auténtico del encuentro no

se eliminan las identidades personales, cada uno llega al escenario de la relación con lo que es, con su historia y sus sensibilidades, permeado por una realidad y moldeado por una sumatoria de saberes y experiencias vitales.

Nosotras/os, Vida Consagrada, llegamos convencidas/os de la necesidad de la reforma, habitadas/os por la convicción de que somos en Iglesia con otras y otros y bautismalmente, mística, misión y profecía. Nuestro compromiso hoy es el de reescribir estos tres relatos esenciales de nuestra identidad y misión.

El peregrinar de este tiempo, será como un laboratorio de encuentro, que supondrá ofrecer el propio don, pero exigirá abandonar la tentación de sentirse superiores a los demás. El imperativo es uno: en la experiencia de la propia identidad y con consciencia de la innegable diferencia, todas/os llamadas/os a la unidad. Todas/os convocadas/os a nuevos modos relacionales, ante los cuales no caben las relaciones utilitaristas, mediatizadas por el miedo, provistas de intereses mezquinos, teñidas de suficiencias.

La Iglesia está hoy, más que nunca, avocada a un nuevo modo relacional más contextualizado, encarnado en la realidad, capaz de escuchar y hacer resonancia de distintas voces y de ubicarse generando el diálogo fe-cultura, fe-ciencia y tecnología...

Echarnos a andar con otras/os en este hoy de la Iglesia nos llevará a construir juntas/os en la vivencia de una auténtica espiritualidad y conscientes de nuestra identidad de sujetos eclesiales y de que, por el bautismo y el sacerdocio común, tenemos una misma dignidad, nos sentimos llamadas/os a contribuir a la configuración de una Iglesia más sinodal, en la que será de manera especial necesaria y significativa la presencia y la misión de las mujeres, las laicas/os, las/os pobres y todos los sujetos emergentes excluidos históricamente.

Esta certeza de que, como Pueblo de Dios, estamos llamadas/os a transitar nuevos caminos, debe situarnos a los creyentes en el lugar de la escucha, único desde el cual, podremos sopesar, comprender y asumir los desafíos sociales, culturales, ecológicos que este momento histórico le plantea a la Iglesia y que supondrán desarrollar una actitud dialógica, apostar por nuevas relacionalidades y situarse en camino, con otras/os desde la experiencia de que sólo el diálogo nos hace crecer.

Y este proceso solo será posible con la mirada puesta en Jesús, re-

conociéndolo como el Centro y la Clave de nuestra existencia y en referencia a Él, ordenar el corazón y desear vivir en estado de conversión, es decir en referencia al origen, al amor primero, a la vocación más auténtica, a lo más radical y profundo del Evangelio. La Iglesia, consciente de su identidad de discípula misionera, está invitada a un desborde místico que la conduzca a peregrinar al interior sin tregua, y al exterior sin excusa. Que la movilice, la lance, la ponga en camino.

Esta es la hora para la escucha y el discernimiento. Por eso, será necesario situarnos ante la realidad con consciencia del don recibido y dispuestos a la novedad del Espíritu que no para de crear y recrear y nos devolverá a la esencia del cristianismo con la consciencia de que somos misión.

Hoy, estamos llamadas/os a optar nuevamente por el camino, para salir de todas nuestras inercias, recorrerlo juntas, juntos, haciendo tejidos nuevos y sin miedo a las sombras de la historia. Nos llama, nos convoca, nos moviliza la Pascua.